

Alma, símbolo del alma propia del escultor. El escultor abandona esposa e hija para ir, no sabe adónde, a luchar, a sufrir, a crearse —así lo anhela— un alma inmortal en su alma terrenal. Largo tiempo peregrina por extraños países, combatiendo en el mundo, y cuando fatigado regresa al lugar en que nació, encuentra que su esposa, la Fe, ha muerto, y que su hija, Alma, su alma, su creación, vive cortejada por Aurelio, símbolo de las vanidades del mundo, y prometida a él. Ocurre entonces que el padre, enamorado de su hija, de su alma, confiesa a ésta su pasión incestuosa, ante la que ella retrocede espantada intentando huir. Pero el escultor pone un beso en la frente de su hija, y este beso transmuta a la doncella en una estatua de piedra. La aparición del espectro de Cecilia, la Fe, instando a su esposo, el Hombre, a morir acogido a su seno, es ya en vano. El escultor rechaza este amparo y, blasfemando, embriagado en la visión de su alma creada y petrificada, siente llegar a él la muerte.

Son muchos los críticos que han insistido en la torpeza de factura y en la nebulosidad de concepto de esta obra de Ganimet, e incluso algunos, como Fernández Almagro y Antonio Espina, ven en algunos lugares del drama el testimonio más explícito de la enfermedad mental que padeció Ganimet en los últimos meses de su vida y que seguramente fué el móvil más perentorio de su suicidio.

Concedido que *El escultor de su alma*, como resultado poético, escasea en bellezas sobresalientes, aunque para mí el romance a los torreones de la Alhambra (acto II) y las estrofas sobre el sueño y la muerte (acto III) son monólogos de dignidad y profundidad suficientes para compensar la innegable desmaña de otros pasajes. Pero lo que en modo alguno puede ni debe hacerse, como proponía Antonio Espina (6), es dejar esta obra al margen de la producción ganivetiana, cuando, por el contrario, es la culminación biográfico-poética de toda ella. Y esto lo certifica la importancia que el autor, por boca de Pío Cid, en los *Trabajos*, daba a esta obra suya, anunciándola como “la tragedia invariable de la vida” (II, 453). Si no la tragedia invariable de la vida *El escultor de su alma* es, cuando menos, la tragedia de la vida interior de Ganimet, que yo sintetizaría en estos términos: falta de fe (dato primario), tentativa de salvación a través de la caridad (proceso de fracaso), deificación del alma en la muerte (conclusión desesperada).

Hans Jeschke fué el primero que, en 1928, concedió a *El escultor de su alma*, la importancia central o, mejor dicho, terminal que esta

---

(6) A. ESPINA, *Ganimet, el hombre y la obra*. Buenos Aires, 1944. 2.<sup>a</sup> edic., página 128.

obra merece en la producción total de Ganivet. Para Jeschke este drama es la culminación del problema vital de Ganivet, que no es otro que un "heroisches Ringen um Gott" (7). Basándose en algunas de las muchas ideas que Pío Cid formula en los *Trabajos* acerca del amor, Jeschke da con la fórmula explicativa "Eros als schöpferisches Prinzip" (8), asentando que el amor, para nuestro autor, no es finalidad de las aspiraciones individuales, sino estímulo poderoso para creaciones ideales.

Este concepto del "Eros" como principio creador, precisado luego como principio de autocreación en lo tocante a la enigmática aventura espiritual de *El escultor de su alma*, es el mismo que utiliza Gustav Conradi en una contribución reciente, de 1954, dedicada a exponer el conflicto entre "Eros" y "Caritas" en Angel Ganivet (9). En este trabajo se ensaya una interpretación de la idea del amor en la obra ganivetiana, haciendo estribar dicha idea en un conflicto entre el "Eros" autocreador y el ideal místico-cristiano de la "Caritas" como fin supremo al que tiende el impulso perfeccionador de aquel "Eros" y con el cual llega a veces a confundirse. Yo creo, sin embargo, que las opiniones de este crítico necesitan, en parte, complemento, precisión y corrección.

Una afirmación sí puede hacerse sin duda alguna: el amor, en la forma y categoría que sea, preocupó constantemente al original creador de Pío Cid, tanto en el curso de su existencia mundanal como en la urgida plasmación de su obra.

Sin tener la osadía de querer definir el amor, cabría recordar, desde luego, las diferentes direcciones en que este sentimiento, cuya raíz primaria es un impulso de voluntad buena hacia algo, puede presentarse y de hecho se presenta. No puede haber otra especie de amor que no sea susceptible de integrarse en una de éstas: amor al hombre en general (humanitarismo), amor a los hombres en particular ("amor" de hombre a mujer, amistad, caridad humana), amor a Dios (caridad divina) y amor a sí mismo (egoísmo, egotismo).

Y ¿cómo aparecen concebidas y sentidas estas varias especies de amor en la obra de Ganivet, tan dominada en general por la preocupación, a veces la obsesión, de este sentimiento? Del amor a la humanidad

---

(7) H. JESCHKE, *Angel Ganivet, seine Persönlichkeit und Hauptwerke*. En *Revue Hispanique*, 1928, t. LXXII, p. 242.

(8) H. JESCHKE, *op. cit.*, p. 123.

(9) G. CONRADI, *Christentum und Originalität, Der Konflikt zwischen Eros und Caritas bei Angel Ganivet*. En *Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, 9 Bd., "Spanische Forschungen der Görresgesellschaft", 1954, páginas 243-260.

en conjunto ya hemos visto cuál fué la experiencia hecha por Ganivet a través de *La conquista del reino de Maya*.

En las dos obras de más interés para este tema del amor, como para tantos otros aspectos primordialmente humanos, es decir, en *Los trabajos* y en *El escultor de su alma*, se advierte una diferencia tan clara en la postura de sus respectivos protagonistas —Pío Cid y Pedro Mártir—, que el lector podría pensar que se tratase de dos personajes contrapuestos, a pesar de la identidad que entre ambos y el propio Ganivet hemos empezado por asentar.

Mientras Pío Cid, a lo largo de sus seis trabajos, parece no pensar casi nunca en su propia persona y dedica todas las horas del día a educar a los otros, amarlos, protegerlos, laborar por ellos, aconsejarles bien, librarles del peligro, orientarles en la profesión, en la actitud y comprensión de la vida, Pedro Mártir, en la tragedia póstuma de Ganivet, es el prototipo del hombre absorbido por una voluntad altamente egoísta, que, abandonando todo lazo familiar, sacrifica cualquier acción de amor a otros por una heroica y problemática aventura de auto-creación: la de modelar su propia alma.

La afirmación en que mejor se revela la falta de egoísmo de Pío Cid, nuevo Quijote en un Madrid fin de siglo, es quizá aquella en que el escéptico pedagogo dice a la joven Consuelo: "Mi manera de entender el amor no exige más que una condición generosa: la de no pensar nunca utilizar en nuestro provecho a nuestros semejantes." Y agrega poco después que en el amor hay "quien admite muchos grados, porque considera a las personas según su interés personal, su egoísmo. ¡Cuánto más sencillo, y hasta cómodo, no es medirlos a todos con el mismo rasero, y después unirse estrechamente con quienes necesitan de nuestro consejo o de nuestro apoyo!" (II, 212). Y aunque el mismo Pío Cid, que así habla, puede en alguna ocasión confesar que el doble afecto amoroso de hombre y mujer es "egoísta por naturaleza" (II, 252), lo cierto es que ni en el afecto de Pío a Martina ni en ninguno de los trabajos que aquél emprende en socorro de los demás, podemos hallar esa obsesión egocéntrica que en *El escultor de su alma* constituye el motivo cardinal de la tragedia. ¡Cuán lejos de aquellas generosas declaraciones de Pío Cid esta amarga convicción del anciano escultor!

*Tengo un solo corazón  
y amo en una sola parte...  
Ese amor que se comparte  
es una triste ficción...* (II, 802.)

Y, sin embargo, la posición entre ambos héroes es sólo aparente. En primer lugar, resulta fácil persuadirse de que un hombre como

Pío Cid, desposeído de toda creencia y hondamente pesimista, no puede dedicar a los otros sus trabajos y sus días más que para ocultarse a sí mismo la amargura interior, procurándose de este modo una meta digna para un vivir que, sin tal dedicación, carecería de finalidad trascendente. Es lo que deja traslucir aquella respuesta del protagonista cuando doña Candelaria, inquieta, le pregunta qué razones le llevan a decidirse a unir su destino al de su hija Martina. Pío Cid argumenta que él no busca en la mujer ni el placer ni la comodidad, y responde a la cuestión que le plantea aquella señora sobre lo que él busca en el amor: “Yo mismo no lo sé... Algunas veces me dan ideas de hacer algo y no hago nada, porque soy perezoso o porque no tengo necesidades a que atender. Quizá lo que busque sea un estímulo para trabajar... ¿Quién sabe? Ya les digo que yo mismo no lo sé” (II, 141). Y en otras muchas actitudes y reacciones, a lo largo de la novela, se advierte en el fatigado creador —¿creador de qué?, convendría preguntarse— cierto despegó, cierta altiva reserva, un brusco tono de superioridad sin ternura.

Por otro lado, en cambio, el egoísmo de Pedro Mártir, aparentemente tan cruel, no puede calificarse de tal egoísmo si se tiene en cuenta que la razón por la cual abandona este hombre toda ligadura amorosa no es el placer de liberarse materialmente de los otros, sino el deber —un deber que él mismo se impone— de romper con el amor humano para salir a modelar, en la experiencia dolorosa del mundo, el alma propia, único ideal que parece suplir la siempre deseada y nunca posible consecución del amor divino.

A las vagas razones egoístas a que Pío Cid atribuía su necesidad de amar tan desprendidamente se podrían ahora enfrentar las vagas razones generosas con que Pedro Mártir responde a su mujer cuando ésta le pregunta que adónde irá después de abandonar el hogar en forma tan egoísta en apariencia:

*Voy lejos, lejos..., muy lejos,  
adonde quiera el azar...,  
y siempre me han de alumbrar  
de tu alma los reflejos...  
Sigo a una fuerza imperiosa  
que aquí en mi pecho se esconde  
y me arrastra... no sé dónde...  
¡Perdón! ¿Serás rencorosa?  
Tú y mi hija vais conmigo.  
¿Cómo olvidaros podría?  
Si venciera, vencería  
también con ella y contigo. (II, 765.)*

Hay, pues, rasgos de indisimulable amor a sí mismo en el altruísta Pío Cid, y trazos de amor violentado, sacrificado, en el escultor. Y